

El papel de los economistas durante la década del noventa. Un análisis de la construcción de hegemonía.

M. Claudia Cabrera.

Cita:

M. Claudia Cabrera (2004). *El papel de los economistas durante la década del noventa. Un análisis de la construcción de hegemonía. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/628>

El papel de los economistas durante la década del noventa.

Un análisis de la construcción de hegemonía.

Autor: M. Claudia Cabrera (UBA)

mccabrera@argentina.com

Este trabajo se propone analizar el papel de un grupo social en particular en la consolidación del proyecto neoliberal que definió “lo social” durante la década del 90. Este grupo está integrado por un sector del campo de los economistas, que construyó un saber dominante en un campo como saber “científico”, identificado a su vez, no sólo con el campo, sino con toda la economía.

Este grupo fue parte de un proyecto político que buscaba imponer un nuevo régimen social de acumulación, y que requería para ello la construcción de sentidos y significaciones que esos economistas podían proveerle.

El proyecto político sostenido en el ideario neoliberal fue encarado y legitimado por la articulación de los puntos de vista de sectores sociales que pueden ser identificados básicamente con dos campos sociales: el los economistas y el de la política profesionalizada.

Durante el período en estudio, estos sectores demostraron una capacidad de lograr que su punto de vista deje de ser tal para convertirse en una mirada verdadera sobre la realidad, es decir, en términos sociológicos, a partir de la utilización de su poder simbólico lograron construir un conocimiento legítimo acerca de lo social.

Esta capacidad de los economistas de producir conocimiento legítimo encuentra sostén en el modo en que se presentaron como los poseedores de un saber técnico acerca de la economía. Y este saber técnico reconocido

socialmente como legítimo los autorizó no sólo para diagnosticar acerca de la realidad, sino también para interpelar a la sociedad y definir políticas.

Durante la década del 90 el proyecto del cual formaron parte estaba sostenido en una ideología neoliberal. Cabe preguntarse, entonces, acerca del modo en que esta ideología se impuso como saber legítimo en un campo (el de los economistas) como “la economía” y como este “saber científico” dio, a su vez, los fundamentos “científico-técnicos” a un proyecto político. Proyecto que devino en hegemónico, y esa hegemonía se expresó en la capacidad de nombrar, de construir e imponer un punto de vista, de sentar parámetros de verdad y producir las metáforas que los sostengan (Grassi 2003 b).

Por hegemonía se entiende al proceso de orientación y dirección de los procesos de significación, y denota la capacidad de “dirección del sentido común social” (Grassi, 2003a). De este modo, a partir de la construcción de una hegemonía, los intereses particulares de un determinado grupo social logran convertirse en “interés general”, y el sentido construido por ellos deviene en “sentido común”.

Puede afirmarse que la eficacia de una hegemonía se mide por su capacidad de dirigir el sentido común a partir de ciertos significantes básicos, que delimitan aquello que es problematizado por una sociedad, aún para aquellos que no participan en la producción y reproducción del discurso dominante, o directamente se oponen a él (Saltalamacchia, 1993).

Para Gramsci la dominación y la dirección son componentes de la hegemonía, de modo tal que todo grupo hegemónico se instituye como tal a partir de la dominación de los grupos adversarios y la dirección intelectual y moral de los aliados. De este modo, el concepto de hegemonía no puede ser equiparado al

de “liderazgo político”, dado que el liderazgo moral e intelectual de un grupo significa más que ello, y supone que las ideas o valores (la ideología) de ese grupo son compartidos por otros (Laclau y Mouffe, 1987).

El liderazgo moral e intelectual al que refiere Gramsci requiere la construcción de consensos, y serán los intelectuales los más capacitados para llevar a cabo esa tarea. Durante la década del 90 fueron los economistas los que cumplieron el papel de intelectuales de una hegemonía que se cementaba en una ideología neoliberal.

Una definición sociológica de los economistas.

Los economistas han construido un lugar privilegiando en los centros de toma de decisión de las políticas públicas de los gobiernos. Este proceso se verifica no sólo en Argentina o Latinoamérica, sino que puede considerarse un fenómeno global que se profundiza a partir de la segunda posguerra, debido a la reorganización de las finanzas internacionales.

De este modo, a partir de la creciente importancia que asumen las organizaciones financieras internacionales, se requieren técnicos capacitados que puedan comprender la lógica del razonamiento económico por un lado, y por el otro, la *lingua franca* de los economistas.

Por otra parte, los circuitos académicos (posgrados, centros de producción de conocimiento, etc.) se convierten en otro factor de socialización que permite a los economistas reforzar este lugar de privilegio en los centros de tomas de decisiones (Markoff y Montecinos, 1994).

Los economistas han logrado ocupar este lugar de policy makers, pero para hacerlo se han autorizado rol en los conocimientos técnicos que les da su formación académica, a partir de la posibilidad de autodefinirse como técnicos. Esta capacidad de definirse a si mismos que han mostrado los economistas indica un alto capital simbólico acumulado, que es invertido en una lucha simbólica por el “monopolio de la nominación legítima” (Bourdieu 1987). Por otra parte, este ejercicio de autodefinición es una característica propia de los intelectuales. De este modo, para los intelectuales en general, toda definición en una construcción de la propia identidad, que delimita las fronteras del grupo. Asimismo, la operación de autodefinición busca mantener, fortalecer y reproducir una determinada configuración social y el propio estatus del grupo en la sociedad (Bauman, 1997).

De este modo, se comprende la importancia de la autodefinición de los economistas en el análisis sobre su papel en la década del 90, dado que ella nos sirve de indicador de la forma en que los economistas definen su propia identidad, a la vez que nos muestra uno de los principales mecanismos de legitimación de sus acciones políticas.

Puede observarse como los propios economistas y un importante sector de la literatura académica que los analiza, han encontrado en el concepto de “técnicos” o “expertos” una definición que les ha servido como herramienta de legitimación de su papel en la función pública.

Como una variante de “técnicos”, el término “*technopol*” pretende mostrar una “yuxtaposición de opuestos” que amalgama la introspección del pensador con la sociabilidad del político. Este concepto busca rescatar la racionalidad cosmopolita de estos actores, frente al ambiente político caracterizado por el

clientelismo, el patronazgo y la corrupción. De modo que los *technopols* por un lado producen conocimiento técnico racional en su rol de “*techno*” y como “*pols*” buscan implementar esas ideas.

Así, para quienes utilizan esta definición, los “*technopols*” se diferencian de los técnicos en que los primeros participan abierta y activamente de la actividad política, pero lo hacen en nombre de un conocimiento técnico que les permite comprender la política nacional, de modo tal de no convertirse en “reproductores de recetas extranjeras” como suele suceder con los técnicos (Domínguez 1997).

Esta concepción también permite legitimar a los economistas en el fundamento técnico de su conocimiento de modo que quedan habilitados a decir como son las cosas, e incluso, a marcarle “límites” a la política cuando ese conocimiento indica que es necesario. En el mismo registro, la idea de “expertos” remite una vez más a saber técnico, que clausura el análisis político de las decisiones tomadas con ese fundamento.

De este modo, el accionar político de un gobierno que se recuesta en los mandatos de los economistas puede ser presentado como “no político”, dado que se muestra como exigencia técnica, y por lo tanto no valorativo ni sectorial, y más bien logra presentarse como una necesidad en general inapelable (Grassi, 2003a).

Sin embargo, desde una perspectiva sociológica, pueden considerarse a estos “técnicos”, “expertos”, o “*technopols*” como jerarquías constituyentes del campo más amplio de los intelectuales¹.

La utilización del término “intelectual” como sustantivo es de reciente data, y su origen se remonta a fines del siglo XIX, más concretamente, a 1898 cuando

Francia se veía convulsionada por el “caso Dreyfuss”. En enero de ese año se publicó en el diario *L’Aurore* una declaración firmada por escritores y universitarios: Este documento era encabezado por el título: “Manifiesto de los intelectuales”, y allí este grupo tomaba posición sobre el caso, reclamando la revisión del juicio a Dreyfuss. Los firmantes de la declaración colocaron junto a sus nombres el título profesional que poseían como modo de legitimarse en la autoridad del saber, que les daba la responsabilidad como así también el derecho de intervenir públicamente en el debate.

A partir de este acontecimiento, el uso del término se extendió con rapidez, muchas veces como sinónimo *intelligentsia*, término que originalmente provenía de Bolonia y se extendió a la Rusia zarista, dónde se cristalizó y se extendió a occidente.

La *intelligentsia* como grupo social surge en Polonia y Rusia durante la década de 1860, y se caracterizó por ciertas características psicológicas, estilo de vida, estatus social. Sin embargo, la *intelligentsia* no compartía sólo estas características relacionadas con modos de vida o nivel económico. Ellos poseían una homogeneidad cultural que se basaba en un sistema educativo que formaba a los jóvenes para el liderazgo en el destino de la nación. De este modo, los líderes de la *intelligentsia* no peleaban por los intereses de su propio grupo social, sino que más bien devenían en líderes de otros movimientos de clase u otras ideologías (Gella, 1976)

Actualmente *intelligentsia* e intelectual se utilizan prácticamente como sinónimos, aunque muchas veces el primer término tiene un significado más restringido y se utiliza para designar a una fracción que se opone al orden

existente, y que se ha abocado a la tarea de transformar la sociedad, sea a través de la reforma o la revolución.

Para definir a un intelectual como tal debe considerarse su función en la sociedad. Es decir, debe cumplir funciones de intelectual. Lo que define esta función intelectual es lo que el intelectual hace, y no lo que es, y lo que él hace es intervenir en el espacio público interpelando a la sociedad desde su posición de intelectual. De este modo, los intelectuales suministran a la sociedad una interpretación de sí misma y del mundo.

Para cumplir este rol de intelectual se requiere de escenarios adecuados: instituciones que permitan el surgimiento y desarrollo de estos actores, y que también les proveen el marco desde el cual interpelar a la sociedad. El escenario privilegiado, aunque no exclusivo, de los intelectuales modernos es entonces, la academia.

Por ello, la relación universidad – intelectual es fundamental para comprender las funciones de estos últimos. En el caso particular de los economistas, no fueron los ámbitos universitarios tradicionales los escogidos como pulpitos desde dónde interpelar a la sociedad, sino que lo hicieron desde fundaciones privadas, pero a partir de credenciales obtenidas en los ámbitos académicos tradicionales.

En sus intervenciones públicas los intelectuales buscan producir explícitamente significaciones que les permiten definir o problematizar determinados aspectos de lo social y no otros, y estas significaciones, aún las que se legitiman en fundamentos técnicos, son ideológicas.

Las ideologías se definen por servir a los intereses particulares, presentándolos como intereses universales, y se encuentran doblemente determinadas, dado

que sus características no remiten sólo intereses de clase, sino también a los intereses específicos de sus productores y a la lógica específica del campo de producción (Bourdieu, 2003).

Sin embargo, y tal como señalaba Gramsci, si bien la ideología se constituye a partir de elementos (discursos, ideas, nominaciones) que son articulados por el o los grupos hegemónicos en función de intereses de clase, ello no significa que esos elementos tengan una pertenencia de clase necesaria (Laclau y Mouffe, 1987).

Otra característica propia de las ideologías, es que a diferencia de los mitos, producto colectivo y colectivamente apropiado, requieren para su producción un cuerpo de especialistas que conforman un campo de producción relativamente autónomo, que como todo campo, tiene sus propias reglas de funcionamiento.

Durante la década del 90 este cuerpo de especialistas productores de ideología tuvo en los economistas uno de sus pilares. De este modo, se puede caracterizar a los economistas como intelectuales que producen significaciones del mundo, significaciones ideológicas condicionadas, como se ha dicho, por intereses de clase y por la lógica e intereses constituyentes del campo de los economistas. Así, si bien no puede afirmarse que existe una relación de causalidad lineal entre intereses de clase y producción simbólica de los intelectuales, tampoco puede negarse la relación entre intereses de clase e ideología.

Los economistas como intelectuales orgánicos.

A partir de lo expuesto, puede encontrarse en la definición gramsciana de intelectuales orgánicos elementos que contribuyen a definir la función de los economistas como intelectuales en la construcción hegemónica de la década del 90.

Para Gramsci cada grupo social con funciones en la producción económica, “se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político.” (Gramsci, 2000: 9)

Para establecer los límites de lo que Gramsci denomina “intelectuales” se debe tener en cuenta la prevención que hace al respecto. Este autor considera que para el trazado de esos límites no se debe considerar a la actividad intelectual intrínseca, sino al sistema de relaciones en que esa actividad se halla inserto. Esto significa que la definición de intelectual estará dada a partir de relaciones sociales que legitimen esa denominación. En otras palabras, tal como se ha dicho, se denominan intelectuales a aquellos que en la sociedad tienen la función de intelectuales.

Establecidas las funciones intelectuales de los economistas, puede verse la organicidad respecto del grupo social económicamente dominante no sólo en su ortodoxia académica neoliberal, que define y problematiza lo social en función de los intereses de ese grupo social, sosteniendo con argumentos científico-técnicos la irrefutabilidad de sus diagnósticos, y que presenta sus intereses particulares como generales, sino también en el proceso mismo de constitución del sector hegemónico del campo de los economistas.

Desde sus orígenes el campo de los economistas se relacionó con la burocracia estatal y con el poder económico. Pero es a partir de la década del 60, con la proliferación de centros de investigación, tanto estatales como privados, cuando esta relación se estrecha al punto de volverse orgánica.

Durante la década del 60 se crearon diversos centros de estudios económicos, no sólo dependientes de universidades públicas o privadas, sino también centros financiados con fondos privados, o con subsidios de fundaciones internacionales. FIEL nace en este contexto, con el objetivo de ser alternativa al pensamiento estatista de boga en esos años².

El origen de FIEL es producto de la convergencia de un grupo de empresarios con la Fundación Ford, con el objetivo de promover un centro de estudios vernáculo de orientación liberal, que serviría como aglutinante ideológico frente la orientación económica que representaba la Confederación General Económica (CGE), que desde su creación durante el gobierno peronista proponía la intervención estatal en la definición de políticas de promoción económica. De este modo se esperaba fundar la “CEPAL del sector privado”, o más concretamente, la “CEPAL liberal”.

De este modo, en febrero de 1964 se funda FIEL, con el auspicio de la Sociedad Rural Argentina (SRA), la Unión Industrial Argentina (UIA), la Bolsa de Comercio de Buenos Aires (BC) y la Cámara Argentina de Comercio (CAC). En un comienzo, el financiamiento de la Fundación provenía fundamentalmente de la Fundación Ford, con un aporte menor de los auspiciantes, y a poco de comenzar a funcionar la misma Fundación comenzó a buscar sus propios ingresos a partir de la realización de estudios para aquellos que los solicitaran.

El primer director de esta Fundación cuya designación fue decidida por un grupo de dirigentes empresarios que conformaban el tribunal examinador fue José María Dagnino Pastore, Phd en Harvard en 1963. Poco después Juan Alemann fue nombrado como asesor general, y se incorporaron Juan Carlos de Pablo (Phd en Harvard, becado por la fundación Ford), Armando Ribas (posgrado en Columbia), Norberto Belozercovsky (Chicago), Enrique Arzac (Columbia), Leonardo Douglas Steed (Columbia), José Luis Madariaga de Olmo, Luis García Martínez y Jorge Meier.

El golpe militar de 1966 le da a los economistas de FIEL la ocasión de hacer su ingreso a la actividad pública, cuando Dagnino Pastore y Juan Carlos de Pablo se incorporaron como funcionarios de gobierno.

El reemplazo de Dagnino Pastore por Santiago Palazzo, un ingeniero con Master en la Universidad de Stanford, gerente de estudios económicos de Esso, y ex empleado del Banco Mundial, le permitió a FIEL conseguir los contactos necesarios para transformarla en una moderna consultoría, y obtener así recursos económicos que se hacían cada vez más escasos. De este modo, para el año 1967 FIEL contaba con 25 empresas patrocinantes, y más de la mitad de ellas figuraban entre las 100 empresas que más vendieron ese año.

Trasformada así en moderna consultora de estudios económicos, FIEL comenzó a acompañar sus estudios macroeconómicos con otros muchos más específicos, dirigiendo así sus productos al mundo académico, empresarios y especialistas, capaces de comprender el lenguaje específico de la economía.

Este perfil moderno no implicó el alejamiento de los economistas FIEL de la función pública, función que asumieron cada vez que fueron convocados. Así,

fueron ministros de economía Adalbert Krieger Vasena desde 1966 a 1969, José María Dagnino Pastore en 1969 y Jorge Whebe desde 1972 a 1973.

También FIEL abasteció de funcionarios a la dictadura que se inicia en 1976: Martínez de Hoz (h) Ministro de Economía (fue vicepresidente de la Fundación), Roberto Alemann, también Ministro de Economía, en 1981, Lorenzo Sigaut, Ministro de Economía también en 1981, José María Dagnino Pastore representante financiero de Argentina en Europa y después Ministro de Economía y Jorge Whebe Ministro de Economía desde 1982 a 1983.

Otros integrantes de FIEL que ocuparon cargos públicos fueron Juan Alemann, Secretario de Hacienda durante la gestión de Martínez de Hoz, Luis Martínez García jefe del gabinete de asesores, Armando Ribas y Carlos Brignone, también nombrados funcionarios. Manuel Solanet quien posteriormente ocuparía un lugar prominente en FIEL fue secretario técnico del Instituto Nacional de Planificación económica y luego Secretario de Hacienda.

Siguiendo el ejemplo de FIEL, en el año 1977 nacía en Córdoba otra institución de producción de conocimiento, a partir de la decisión de un grupo de empresarios de esa provincia, que veían en las particularidades locales el origen de problemas económicos relacionados con la pérdida de dinamismo de la industria local. Así se crea la Fundación Mediterránea, dónde funcionaba el Instituto de Estudios Económicos de la Realidad Argentina y Latinoamericana (IEERAL).

En el caso del IEERAL, el financiamiento en un comienzo provenía de pequeñas y medianas empresas de Córdoba, aunque un año después ya contaba con el apoyo de bancos, financieras y compañías de seguro.

Los economistas prominentes de la FM fueron Domingo Cavallo, doctorado en la Universidad de Córdoba, aunque continuó sus estudios en Harvard, Humberto Petrey y Aldo Dadone (estudiaron en Chicago) y Aldo Arnaudo (Phd en Yale).

En 1982 se funda la filial Buenos Aires, consiguiendo el apoyo de grandes empresas nacionales, tales como Bagó, Ledesma, Bagley, etc., que brindaron un alivio económico a la Fundación, que sufría las consecuencias de la crisis que atravesaban las empresas fundadoras. Poco tiempo después la Fundación adquiría carácter nacional, obteniendo un creciente apoyo empresarial. Para 1984 la FM contaba con el apoyo de 109 empresas muchas de ellas de gran envergadura, grupos económicos y una trasnacional. Ese año el IEERAL se separa de la FM, debido a dificultades económicas que obligaron al Instituto a buscar nuevos financiamientos. Sin embargo, la FM siguió siendo el principal sostén del IEERAL.

El apoyo que había obtenido la FM en esos años se relaciona con el paso de Domingo Cavallo por la función pública nacional, primero como Subsecretario Técnico y de Coordinación del Ministerio del Interior durante la presidencia de Viola, aunque fue su posterior gestión como Presidente del Banco Central la que terminó por hacerle ganar el apoyo empresario. Apoyo que puede atribuirse a la decisión de licuar los pasivos de los deudores privados en moneda nacional y la implementación de un seguro de cambio para ayudar a aquellos que tenían tomados créditos en dólares en el exterior, medidas que llevaron a la estatización de la deuda privada.

El paso de Cavallo por el Banco Central le permitió llevar a la función pública a parte de su equipo de la FM: Aldo Dadone, Humberto Petrei, José Castro Garayzábal, Rafael Conejero y Gustavo Parino.

Una diferencia marcada entre FIEL y la FM radicaba en el público al que tomaban como interlocutor. Si FIEL se dirigía a aquellos que poseían los códigos para comprender la “*lingua franca*” de los economistas, la FM utilizaba un lenguaje más llano, que de la mano de Cavallo buscaba un perfil pedagógico para poder llegar a interlocutores que no contaban con conocimientos técnicos acerca de economía.

El tercer centro de producción de conocimiento que se analizará es el Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA), que nace en 1970 por iniciativa de Pedro Pou, Ingeniero Agrónomo mendocino, quien prosiguió sus estudios doctorales en la Universidad de Chicago, gracias a los fondos de la Fundación Ford.

Pedro Pou logró que el empresario Nicolás Catena invirtiera en la creación de un nuevo centro de estudios, fundando así la Fundación País, con el apoyo de empresas vinculadas con el sector agropecuario, agroindustriales y bancos. Pou ofrece a dos de sus ex compañeros de la Universidad de Chicago, también becados por la Fundación Ford, incorporase a la flamante CEMA: Carlos Rodríguez y Roque Fernández.

El CEMA se propone crear un posgrado en economía, que es lanzado en 1979. Con el aporte de los empresarios auspiciantes, otorgaba becas para la dedicación exclusiva de los estudiantes. Los docentes de este posgrado tenían formación en los Estados Unidos, y en su mayoría habían hecho sus estudios en la Universidad de Chicago.

Sin embargo, el financiamiento comenzó a escasear debido a las posiciones radicalmente liberales de este Centro. Así, desaparecieron las becas para la dedicación exclusiva de los estudiantes, quienes comenzaron a pagar cuotas que permitían el funcionamiento de la institución.

Los economistas de CEMA, aunque en menor medida que FIEL o FM, también participaron de la gestión pública. De este modo, Pedro Pou acompañó a Celestino Rodrigo en el Ministerio de Economía, durante la presidencia de Isabel Perón y fue asesor del Ministerio de Agricultura durante la dictadura. En ese mismo período fue de Ministro de Economía bonaerense, mientras que Carlos Rodríguez y Roque Fernández asesoraron a Martínez de Hoz a su regreso de Chicago.

El perfil netamente académico de CEMA hizo que su público fuera más restringido que aquel al que se dirigía FIEL o la FM. Sus publicaciones se caracterizaban por la matematización y la producción de modelos formales, por lo que para acceder a ellos se debía ser un iniciado en el lenguaje esotérico de los economistas.

Puede observarse como a partir de la creación de FIEL como centro productor de conocimiento, la relación entre economistas y grupos de poder económico se ha manifestado aún más orgánica. Por un lado, los economistas elaboran significaciones e imputan sentido que responden a los intereses de los grupos económicos, y esos grupos económicos estimulan y sostienen, aún económicamente, el funcionamiento de esos espacios de producción de significados.

La organicidad de la relación entre los grupos de economistas y distintas fracciones del poder económico se profundiza en la década del 90. La

investigación empírica de este proceso permitirá construir las herramientas analíticas para comprender el modo en que durante esa década se definió “lo social” y las políticas que se implementaron en función de esa definición.

Conclusiones

Durante la década del 90, un grupo social en particular logró que su mirada se imponga como una mirada legítima, y por lo tanto más valedera que otras, sobre determinados aspectos de la realidad social. Este grupo está constituido por el sector hegemónico del campo profesional de los economistas, que se representó en instituciones y en figuras que se constituyeron como autoridad en el campo, produciendo “opinión política” presentada como “conocimiento técnico-científico”. Este conocimiento proveyó de sentido al régimen social que se consolidaba, contribuyendo a la realización del proyecto político hegemónico de la década del 90.

Estos economistas, legitimaron su acción política en fundamentos técnicos, pudiendo presentarla así como acción “no política”, lograron presentarse ellos mismos como técnicos desprovistos de intereses, en tanto su lógica respondía a la racionalidad científico-técnica, a diferencia de los políticos, cuyo interés era, indudablemente, la obtención de rédito político que les podría proveer de poder.

Teniendo en cuenta entonces la función productora no sólo de políticas, sino también de sentido sobre esa política, los economistas pueden ser considerados como intelectuales, y como tales mostraron una gran capacidad de dirección del sentido común social, contribuyendo así, de manera significativa, a la construcción de hegemonía.

Esta capacidad de los economistas encuentra sustento en ciertas características del campo: por un lado, la creencia de que las cuestiones económicas son de una importancia primordial en las políticas de los gobiernos, y sólo los economistas están capacitados para hacerse cargo de ellas. Esta creencia se refuerza con el desarrollo de una “*lingua franca*” esotérica para los no iniciados en el campo que les otorga cierta exclusividad en la planificación, ejecución, negociación (en el ámbito nacional e internacional) la política económica.

Por otra parte, su socialización profesional es particularmente internacionalizada, lo que les permite desarrollar y mantener redes de relaciones personales que los ubican como mediadores entre las economías nacionales y los organismos internacionales, lo que a su vez les permite mantener cierta “independencia” de los políticos nacionales “saltando” de un gobierno a otro, en tanto su papel en ellos es presentado como técnico y no político o ideológico, y a la vez son los tienen los conocimientos y contactos necesarios para negociar con organismos internacionales.

Estas redes de relaciones personales no incluyen sólo a los organismos internacionales, ya que también mantienen una relación que puede caracterizarse “orgánica” con los grupos de poder económico nacionales, y en los que también pueden continuar su carrera profesional. Esta capacidad de transitar entre lo académico, la gestión pública, los organismos económicos internacionales y la empresa privada les posibilita que el prestigio acumulado en cualquiera de estos ámbitos sea la llave que le abra la puerta a otro, acumulando así más prestigio.

Otra característica particular de los economistas en su formación académica es una fuerte hegemonía del pensamiento económico neoliberal norteamericano, acompañada de la institucionalización de pautas de prestigio del campo que indican la importancia de una formación de posgrado, publicaciones, participación en grupos científicos y el ejercicio de la docencia en el ámbito de ciertas universidades norteamericanas.

Puede decirse a modo de conclusión que durante la década del `90 los economistas fueron parte de un proyecto político que buscaba imponer un nuevo régimen social de acumulación, y como parte de ese proyecto produjeron significaciones que devinieron en sentido común. Este nuevo régimen social de acumulación profundiza la separación entre economía y política, y por ello requiere garantizar un mínimo grado de cohesión social sin el cual ese proceso no se hubiera concretado, y los economistas fueron un grupo clave en la provisión de los fundamentos de la legitimidad de ese proyecto.

Bibliografía

- Altamirano C. (Director) (2002) *Términos críticos de sociología de la cultura*, Paidós, Buenos Aires.
- Bauman, Z. (1997) *Legisladores e intérpretes*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- Bourdieu P. (1984) *Cuestiones de sociología*, Istmo, España, 2000
- ----- (1987) *Cosas dichas*, Gedisa, España, 2000
- -----(1997) *Meditaciones pascalianas*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1999.
- ----- (2003) *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires.
- Camau A. (1997) “Los consejeros del príncipe. Saber técnico y política en los procesos de reforma en América Latina” Nueva Sociedad, noviembre-diciembre 1997, Nº 152. Caracas.
- Centeno M. y Silva P. (Ed.) (1998) *The politics of expertise in Latin America*, St. Martin’s Press, Inc. USA
- Domínguez J. (editor) (1997) *Technopols. Freeing politics and markets in Latin America in 1990s*, The Pennsylvania State University Press. USA.
- Gella, A. (1976) “An introduction to the Sociology of the Intelligentsia”, en Gella, A., *The Intelligentsia and the intellectuals*, Theory, Method and Case Study, Sage Publications, Londres.
- Gramsci A. (2000) *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Nueva Visión. Buenos Aires. 6º edición
- Grassi E. (2003a) “Política, cultura y sociedad: La experiencia neoliberal en la Argentina” en Lindenboim Javier y Danani Claudia (Coordinadores) (2003)

Entre el trabajo y la política. Las reformas de las políticas sociales argentinas en perspectiva comparada, Biblos. Buenos Aires.

- Grassi E. (2003b) *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*, Espacio Editorial. Buenos Aires.
- Heredia M. (2004) "El proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA." Pucciarelli A. (Coordinador) *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires.
- Laclau E. Y Mouffe Ch. 1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI de España Editores, Madrid.
- Markof J. y Montecinos V. (1994) "El irresistible ascenso de los economistas". *Desarrollo económico. Revista de Ciencias Sociales*. Abril – Junio 1994. Vol 34. N° 133. Buenos Aires
- Plotkin M. y Neiburg F. (2004) "Elites intelectuales y ciencias sociales en la Argentina de los años 60. El Instituto Torcuato Di Tella y la Nueva Economía" Plotkin M. y Neiburg F. (ed.) *Intelectuales y Expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Ramírez, H. (2003): "Organizaciones empresarias y políticas económicas en Argentina y Brasil, 1961-1996. Los casos de FIEL, Fundación Mediterránea e IPES". Ponencia presentada a las IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Córdoba, 24-26 de septiembre.
- Saltalamacchia H. (1993) *A/mar/nos (Movimiento Ambientalista y hegemonía en Puerto Rico)*. C I J U P / Universidad del Sagrado Corazón. Puerto Rico.

- Silva P. (1997) "Ascenso tecnocrático y democracia en América Latina". Nueva Sociedad, noviembre-diciembre 1997, N° 152. Caracas.

¹ Sigo a Altamirano, seminario de doctorado de Flacso "Intelectuales: sociedad, cultura y política" agosto-septiembre 2004.

² Las referencias sobre los orígenes de FIEL, FM y CEMA se basan en Heredia M. (2004), Ramírez H. (2003) - Plotkin M. y Neiburg F. (2004)